

fondo de los misterios paganos para ir allí á buscar el rayo divino que surgió de la cruz del glorioso mártir del Gólgota.

Pondremos primero á nuestros lectores en antecedentes.

Mucho antes de que naciera en un miserable pesebre de la Judea el niño Dios, habia en el sitio llamado en el día Palos, una ciudad que pretenden algunos debía ser la famosa *Olontigi* de los romanos. No seremos nosotros de los que combatiremos esta opinion, ni tampoco nos declararemos en su apoyo, faltos por el pronto de razones para uno ú otro caso, pero sí diremos que nos sobran datos para creer que existia allí una gran poblacion, siendo en esto de parecer contrario á los que aseguran que en lo antiguo no hubo allí mas que una laguna.

Es indudable que existia una ciudad — que llamaremos Palos por lo mismo que ignoramos su nombre, — y que en esta ciudad habia á los pocos años del nacimiento de Cristo, un gobernador llamado Terreum, hombre cruel entre todos los crueles y gran valido del emperador Trajano.

No habia allí mas autoridad que la suya, ni mas ley que la suya se reconocia. Gobernaba como déspota y mandaba como tirano. Sus órdenes eran escuchadas de rodillas y, ¡ay del que desobedeciera al menor de sus decretos!

Acertó, durante el tiempo de su mando, á morir una hija de Trajano, y Terreum, queriendo aprovechar esta ocasion para dar una pública muestra de gratitud al César, mandó levantar un templo en su honor dedicándoselo á Proserpina cuyo nombre llevaba.

Hizo mas aun.

Al cabo de tres años, que fueron los que tardó en concluirse enteramente el edificio, mandó poner la estatua de la diosa sobre una peana de oro, plata y bronce, señalando el 2 de Febrero de cada año, dia de la inauguracion, para celebrar una solemne fiesta de aniversario, fiesta á la que habian de concurrir todas las doncellas de los contornos, dos de las cuales debian invariablemente ser sacrificadas en las aras de la implacable diosa con el fin de que los aurúspices leyeran en sus entrañas palpitantes el porvenir del imperio.

Tan bárbara costumbre fué siguiéndose por miedo primero, por tradicion despues, y la hallamos aun en todo su vigor allá por los años 460 que es cuando empezamos nuestra historia.

## II.

EL 1 DE FEBRERO DE 159.

ROMA designaba bajo el nombre de lupercal una cueva ó caverna del monte Palatino, donde el pueblo creia que los dos hermanos Rómulo y Remo habian sido amamantados por una loba á la sombra de una higuera: siguiendo esta tradicion, y al ejemplo de los pueblos de la Arcadia, que sacrificaban una cabra al dios Pan, guardian de los rebaños, la juventud romana fué á celebrar en dicho sitio una fiesta á la misma divinidad, bajo el título de *lupercal*, porque se invocaba al Dios de los piés de cabra, y se le pedia proteccion contra los lobos, de que largo tiempo se vió el pais infestado.

Los adoradores de Pan en estas fiestas, creian complacer y agradar mas á su divinidad tomando su traje, es decir quedándose durante la solemnidad poco menos que desnudos.

Asegúrase que la palabra *febrero*, dada al segundo mes del año, proviene de esta fiesta que se celebraba en dicho mes, á *die februato quod tum februatur populus*, dia durante el cual hacia el pueblo sacrificios; pero mal que les pese á los sábios, nosotros casi creemos que debe originarse esta palabra de *febrile*, tener *fiebre*, porque era en verdad preciso que todo el pueblo se viera bajo el dominio de la fiebre para correr como lo hacia, desde el rayar el alba, por valles y montañas mostrando su desnudez y golpeando con unas correas á todas las mugeres que á su paso se hallaban.

Los sacerdotes del paganismo, que sabian sacar partido de todo, quisieron presidir esta fiesta y se consagraron en seguida al dios Pan para tener el derecho de ponerse al frente de esta orgia matinal y admitida por su religion.

Debia ser, no hay duda, un singular espectáculo el de una multitud de jóvenes sacerdotes que, despues de haber sacrificado varias cabras, abandonaban sus trajes para vestir las pieles todavía sangrientas de los animales inmolados, haciéndose con ellas una especie de cinturón que les caía por sobre las caderas.

Fuese su caracter de rara originalidad, fuese la facilidad con que podian convertirse en verdaderas orjías, lo cierto es que estas fiestas fueron tan célebres y adquirieron tal boga, que no habia apenas pueblo alguno sugeto á la conquistadora Roma, que no admitiese las lupercales y que no las celebrase con toda su pompa y aparato.

En Palos, que era en uno de los puntos donde mas se habian arraigado, se efectuaban el primero de Febrero, habiendo con el tiempo llegado á confundirse con el aniversario de la fiesta instituida por Terreum para celebrar la inauguración del templo de Proserpina.

En 159 ya las dos fiestas no hacian mas que una, y por esto el 4 de Febrero de dicho año los primeros rayos del sol vieron reunidos en el umbral del bosque sagrado á todos, hombres y mugeres, á todos los que debian asistir á las solemnidades del dios Pan y á los misterios del aniversario.

Si en su principio las lupercales no habian sido otra cosa mas que unas fiestas pastoriles, ya entonces, habiéndose mezclado la superstición y el desorden, se habian trocado casi en unas continuadas orjías.

Cuando, segun hemos dicho, los primeros rayos del sol fueron á sorprender á toda aquella muchedumbre que pululaba junto al bosque sagrado, las fiestas acababan de empezar, pues que era ley que comenzasen al reir el alba.

Era un cuadro casi imposible de describir el que presentaba aquel dia el pueblo de Palos.

Trataremos sin embargo de pintarlo, aunque no con todos aquellos colores de que para ello pudiera echar mano nuestra paleta.

Sobre un montón de piedras figurando el pedestal de una columna, se habia colocado la estatua del Dios, y á su pié sobre el tripode dorado se veia arder el fuego al cual de cuando en cuando arrojaban los sacerdotes algunas gotas de la sangre que manaban los inocentes animales degollados.

Mientras unos se entregaban á sus deberes del sacrificio, otro ceremonial bastante singular tambien tenia lugar á derecha de la pagana está-

tua. Un sacerdote cubierto solo con la piel de cabra, coronada la frente de una rama de encina, mojaba la punta de una espada en la sangre de las víctimas y en seguida hacia una señal en la frente de un joven, al cual no tardaba en acercarse otro sacerdote que le lavaba con leche su ensangrentada mancha. Concluida esta ceremonia, con la cual se pretendia hacer conocer á la juventud que el oficio de las armas no excluía las apacibles virtudes, el joven, recibido luperca, corria á mezclarse con sus compañeros que veia cruzar en todas direcciones el bosque, entregándose á los delirios de la fiesta.

La animación no podia ser mayor. Multitud de hombres casi desnudos iban en desatada carrera como locos, dando vuelta al rededor del bosque, penetrando en él, volviendo á salir, gritando, cantando, bailando, gesticulando, acercándose, alejándose, moviéndose en todas direcciones, sentándose en el suelo para enjugar el sudor que goteaba su rostro, volviendo luego á entregarse á su carrera, saludando á la estatua del dios que les presidía, dando por fin clamores que unas veces parecian rugidos, otras chillidos de terror ó de alegría.

Entretanto las jóvenes recién casadas se colocaban en sitios donde tuviera que pasar alguno de aquellos hombres medio ebrios de delirio, y descubrian su seno para recibir los golpes que les aplicaban los lupercales. Creían con esto las recién esposas que, golpeadas por los lupercales, serian mas pronto fecundas, y he ahí porque los hombres que tomaban parte en estas fiestas armaban su mano de la piel de cabra en forma de férula con la que aplicaban leves golpes sobre los brazos y desnudas gargantas de las mas lindas matronas.

Mientras todo esto tenia lugar en los alrededores del bosque sagrado, una joven pareja, como si reprobara aquella torpe y lúbrica fiesta, á la cual sin embargo las leyes obligaban á asistir á todos, permanecia bastante retirada de la multitud y paseábase entregada á los placeres de la conversacion íntima, por bajo el frondoso ramaje de una alameda que se agitaba rumorosa cual si saludar pretendiera la venida del sol.

Entrambos debian pertenecer á una clase elevada á juzgar por sus trajes.

Vestia ella una *toga* larga de finísima lana cuya blancura podia envidiar la mas alba paloma de los bosques; encima de la toga, de modo que solo le llegara hasta poco mas arriba de las rodillas, llevaba la túnica *pretexta* bordada de púrpura, con lo cual indicaba ser una doncella; las mangas de esta túnica formando miles de pliegues y cubriendo solo poco mas de la raíz de los

brazos, dejaban que estos se escaparan deslumbrantes de blancura; una *stola* de color amarillo con ribetes encarnados le hacia veces de cintura y permitia dibujar toda la esbeltez de su talle, y un manto de un azul claro se desprendia desde su cabeza á sus piés, mientras que sus cabellos divididos en trenzas, se enroscaban unas al rededor de la frente en tanto que las otras caían sobre su garganta púdicamente velada con la túnica.

Era esta doncella la hermosa Sextilia, hija del cuestor de Palos, jóven conocida por su belleza, amada por sus dotés, celebrada por sus virtudes.

Vestia él una túnica flotante y que le caía hasta los piés con extrema gracia, llevando por único adorno el *pallium* ó manto cuya elegancia hacia resaltar un bordado que recorria serpenteando toda la orilla del mismo.

Era este jóven un caballero llamado Cornelio.

Ahora bien, Cornelio y Sextilia se amaban y se amaban con toda la riqueza y la virginidad de dos almas nobles y de un primer amor.

Mientras veían á los demás entregados á los fanáticos delirios de la fiesta religiosa, ellos buscaban la sombra de los árboles, y mientras piaban las aves, y mientras susurraban balanceadoras las ramas y murmuraban flébiles las fuentes que iban á engrosar los arroyos, ellos se decían esas ternezas que no se comprenden mas que en un instante dado, y se entregaban con entusiasmo á todas esas puerilidades del amor que hacen pasar tan rápidos los instantes y hacen tan felices á los hombres.

Nunca se les acababan las palabras, y si bien algunas veces marchaban por largo rato en silencio uno al lado del otro, no era que interrumpiesen su conversacion los gritos y chillidos de los adoradores de Pan, no era que faltasen voces á sus labios; era que hallaban un secreto goce en permanecer por un momento entregados al placer incalificable del silencio para hablarse solo con el magnético lenguaje del pensamiento, con la muda elocuencia de los ojos.

Tiempo hacia que aquellos dos jóvenes se amaban, tiempo hacia que se habían jurado un amor eterno y tiempo hacia tambien que anhelaban el suspirado momento de romper la paja ante los altares de Juno, dándole él y recibiendo ella el anillo con la llavecita de oro, que debia hacerles para siempre el uno del otro, consagrando sus votos y uniendo su existencia.

Su enlace sin embargo se habia retrasado por la ausencia del padre de Sextilia á quien intereses del estado habian llamado á Roma, y solo aguardaban su vuelta para entregarse muellemente en brazos del amor conyugal y seguir felices la senda de flores con que les brindaba un brillante porvenir.

Hacia ya cuando les encontramos un momento que paseaban entregados á

uno de sus nuevos y espresivos silencios, y habia ya en el interin ido adelantándose la mañana, cuando el acorde y vibrador sonido de cuatro ó cinco flautas rasgó de pronto los aires.

Eran los *tibicinii* que con sus instrumentos perfumados anunciaban haberse concluido las fiestas del dios Pan para empezar las del aniversario de la fundacion del templo.

A este sonido los gritos cesaron como por encanto, los hombres corrieron en busca de sus túnicas, las mujeres ocultaron sus senos bajo sus togas y Cornelio se detuvo estremeciéndose.

Su estremecimiento tenia una causa.

Iba á empezar la fiesta en que, segun su fundador Terreum, debian elejirse dos doncellas para ser sacrificadas ante el ara de Proserpina en holocausto de la diosa.

Sextilia comprendió lo que decir queria la palidez mortal que habia repentinamente cubierto el rostro de su amante, y por lo mismo arrojó una dulce mirada que se desprendió como un rayo de amor de sus ojos medio velados por la sombra de sus largas y aterciopeladas pestañas.

— Oh! Sextilia, — murmuró Cornelio con voz estrañamente sombría, — va á comenar la fiesta de Proserpina.

— Y bien? — contestó la jóven haciendo esfuerzos para que asomara en sus labios una pálida sonrisa.

— Es una fiesta bien cruel, y muy bárbaro debia ser el gobernador que la instituyó.... Sextilia, — dijo de pronto el jóven no pudiendo resistir á la impetuosidad de su pensamiento que arrojó las palabras á sus labios, — Sextilia, y si tú fueras una de las elejidas?

— Oh! — murmuró la hermosa, — no puede ser. Los dioses, Cornelio — y al decir esto la jóven temblaba y sus labios se ponian cárdenos, — tendrán piedad de nuestra dicha y nos dejarán gozar tranquilos de nuestro porvenir.

— Los dioses! oh! los dioses!

Y Cornelio se detuvo porque temió que brotase una blasfemia de su boca. La jóven le miró aterrada.

— Vamos, Sextilia, — continuó el jóven tratando de serenarse, — vamos donde te esperan las demas doncellas. Júpiter no querrá que blasfeme de la religion de mis padres, y permitirá que tú te conserves para mí. Oh! yo no podria ver, Sextilia, te lo juro, no podria ver que te arrancasen de mi lado, que te arrastrasen al altar y que allí un sacerdote rodeado de una turba cruel rasgase tu seno para consultar en tus entrañas palpitantes á los dioses. Oh!

nó, — balbuceó el jóven acrecentándose por grados y girando con furor los ojos en torno suyo, — si tal viera, si tal sucediera, si la suerte te designara á tí por víctima, créelo, yo me arrojaria por entre todos hasta el ara, derribaria la estatua de la impía diosa y con el mismo cuchillo dispuesto para desgarrar tu carne, atravesaria yo el corazon del aurúspice que está en las gradas del templo esperando como fiera hambrienta que le conduzcan las víctimas.

— Oh! calla! calla! por los dioses! — murmuró la jóven pálida de terror no tanto del suplicio que le pintaba su amante como de la imprudencia de sus palabras, — si te hubiesen oido, desgraciado! Blasfemar así de nuestros sacrificios, de nuestros templos, de nuestros dioses! Oh! calla! me horroriza el pensar que pueden haber sido oidas tus palabras.

— Pero si te eligiese á tí la suerte, Sextilia.... dí, qué harías?

La jóven vaciló.

— Dí, — prosiguió el jóven.

— Moriria.

— Morirías! tú! tan pura! tan hermosa! tan amada!.... Morirías sin gritar, sin llorar, sin llamar á voces á tu Cornelio para que acudiera á arrancarte de las garras....

— No blasfemes, Cornelio. Moriria contenta, créelo.

— Contenta!

— Los dioses lo exigirían.

— Oh! — murmuró el jóven — religion impía! religion que necesita regar con sangre las piedras de sus aras!

— Cornelio! estas delirando!

— Oye, Sextilia, la otra noche en casa de uno de mis amigos ví á un hombre venerable, á un anciano de larga barba y despejada frente en que lucia un rayo de inteligencia extrema, y cuyos ojos tenian una dulzura que cautivaba y seducía. Yo no sé como fué que hablé con ese anciano á quien jamás habia visto. Su voz tenia una elocuencia irresistible, sus palabras eran suaves y gratas al corazon como al paladar el vino de Siracusa. Yo no recuerdo bien lo que me habló, lo que me dijo, pero sé que me contó no sé qué de una religion, espíritu del porvenir, símbolo de la igualdad, ley de la fraternidad y libertad de todos los hombres, ante la cual debian caer un dia todas las divinidades que solo son símbolos de las pasiones humanas. Yo le escuché sin atreverme á contestarle, Sextilia, le escuché decir cosas que no comprendí, pero que deben necesariamente ser buenas, pues que mi corazon que es bueno no se rebeló contra ellas, puesto que habló de nuestros dioses como

de falsos dioses, y sin embargo ni mi amigo ni yo nos atrevimos á contradecirle. Oh! te he de hacer conocer á ese anciano, Sextilia!....

Iba la jóven á contestar, cuando segunda vez dejaron oír los *tibicinii* su armonía. Era el último toque, la postrera señal de aviso para las doncellas retardadas.

La jóven miró amorosamente á Cornelio y le dijo:

— Ya ves, me están llamando. Las leyes castigan á la doncella que no se apresura á obedecer las órdenes de los dioses. Luego nos volveremos á ver, Cornelio.

Y envolviéndose coquetamente en su manto, la hermosa partió veloz á reunirse con el grupo de doncellas que estaban en el valle, al extremo del bosque sagrado donde acababan de celebrarse los misterios del dios Pan.

En cuanto al jóven, fué tambien á reunirse á los caballeros que esperaban cerca las gradas del templo el comienzo de la ceremonia. Mezclóse con sus grupos, quiso tomar parte en sus conversaciones, pero aun cuando hizo cuanto le fué dable para serenarse, no consiguió ni alejar de su alma una especie de torcedor presentimiento, ni dar á su rostro aquella calma habitual al hombre que no se doblega bajo la carga de un pensar.

Mientras sus amigos los patricios hablaban unos de los juegos del anfiteatro, otros de los placeres que les aguardaban por la noche en sus *diversoriola* ó casas de recreo y de reposo, otros en fin del premio que pensaban alcanzar en el circo con sus *rhedae* ó carruajes de lujo, Cornelio, indiferente á todo, á todo distraido, para todos desdeñoso, arrojaba sin cesar miradas ardientes al bosque sacro tras del cual se habian retirado las doncellas para echar suertes y conocer á cuales de entre ellas habian de antemano elejido los dioses para ser sacrificadas ante el ara de Proserpina.

Cornelio sentia un desasosiego que no podia esplicarse, una angustia de que á punto fijo no acertaba á darse cuenta, y miraba con ojos estraviados el pueblo que rodeaba el templo, los patricios que hacian gala de su lujo en las gradas, los sacerdotes *flamines* que de pié ante los altares esperaban á las víctimas, los *aurúspices* que algo retirados y con la cabeza baja se disponian para interrogar el porvenir en las entrañas de la inmolada doncella, y por fin el ara donde iban á tender á la infeliz que debia teñir con su sangre la pulida blancura de la piedra. Cuando todo lo habia mirado, cuando todo lo habia abrazado con su devorante vista, volvía los ojos hácia el bosque y le impacientaba aquella cortina de árboles que impedía avanzar á su mirada, y hubiera querido tener el poder de rasgarla de un solo golpe para saber cuanto

antes á quien habia deparado la suerte el papel principal en el sangriento drama que iba á ejecutarse en aquellos lugares.

Su pecho oprimido solo dejaba que una lenta y cortada respiracion subiera á sus labios, su cuerpo todo temblaba por intervalos, obedeciendo á nerviosos sacudimientos, como si le aquejase la fiebre, su frente se inclinaba como bajo un peso y sentia en ella un dolor agudo cual si se la acabaran de sellar con el hierro rojo con que marcaban á los esclavos fugitivos. Era una inquietud continua, una zozobra mortal, una angustia indescifrable.

Y mientras tanto, todos los que estaban á su alrededor se ocupaban apenas de la ceremonia que iba á tener lugar, como si ello fuera la cosa menos estraña y mas vulgar del mundo. En efecto, si alguno pensaba en las victimas que iban á ser sacrificadas, era solo por envidiar su suerte. Era comun opinion entre el pueblo que las doncellas á quienes tocase ser degolladas, iban á gozar de la felicidad de los campos Eliseos, mimadas y queridas por los dioses. He ahí porque no se acordaban ni del dolor que pudieran sentir, ni del llanto que podia derramar una madre, ni de la desesperacion que podia abrigar el alma de un amante; creian buenamente que se debia envidiar á la doncella elegida por la suerte en lugar de compadecerla.

Y no solo esto. El pueblo en general, bien lejos de sentir que se acercara el momento del sacrificio, lo esperaba por el contrario con impaciencia, con impaciencia, sí, pues se reputaba feliz aquel que podia recojer algun poco de la sangre de las dos doncellas para despues mezclarla con agua y beberla. Era vulgar creencia que esta bebida curaba las enfermedades y preservaba de los males venideros.

Oh! pueblo refinadamente idólatra! pueblo criminalmente necio!

La mente se rebela casi á creerlo; el corazon se llena de amargura al pensar en toda la impiedad, pero sobre todo en la criminalidad de los profanos misterios de aquellos hombres, cuya planta se habia posado vencedora en lo alto de todos los montes del mundo y cuyas águilas asomaban en los torreones de todas las ciudades. Ahí estaba aquella poblacion casi nómada, allí estaba rodeando gozosa el atrio del templo, esperando á las dos elejidas con su cortejo de doncellas, de victimarios y de sacerdotes, y esperándolas para ver con rostro risueño, con ojos de envidia como las tendian sobre el ara santa, como hundian el cuchillo en su seno de alabastro, como contaban los *aurúspices* las palpitations de su corazon para luego contar las lineas de sus entrañas, para verlas en fin ser cobardemente asesinadas, teniendo ellas que morir con la serenidad en la frente, con la resignacion en la mirada, con la sonrisa en

los labios, pues de otra manera no eran buenos sacrificios, de otra manera no eran ofertas dignas de Proserpina. Nó, los dioses solo aceptaban los homenajes, las ofrendas, los crímenes voluntarios.

He ahí lo que era aquel pueblo. Primero se habia reunido junto al bosque para la orjía de la mañana; entonces se agrupaba al rededor del templo para el crímen del mediodia.

Inicua supersticion! Supersticioso desenfreno!

Por fin, todas las conversaciones se suspendieron, toda impaciencia cesó y todas las cabezas se volvieron al oir el ronco, duro y espantoso son de la *bucine*. Este sonido que pudo oirse á larga distancia, anunció que la suerte habia ya designado las dos doncellas y que el cortejo iba á ponerse en marcha dirijiéndose al templo.

Hubo entonces un movimiento ondulatorio en aquella multitud, una especie de flujo y reflujo en aquel mar de cabezas. La gente se apiñó, abriendo una especie de serpenteadora calle en medio de dos paredes humanas, para que libremente pudiese pasar la comitiva. Cornelio consiguió colocarse en primera línea mostrando á la luz del sol su rostro no pálido, sino lívido.

La comitiva emprendió su camino, saliendo ya en orden del bosque sagrado.

Iban primero los lictores con sus haces de ramas de olmo fuertemente atadas y coronadas de un hacha. Seis eran como si marcharan delante de un proconsul ó de un general de ejército. No caminaban dos ó tres de fondo, sino uno tras otro, y el primero iba diciendo á cada siete ú ocho pasos, con voz mesurada y á la cual trataba de dar cierto sello de religiosa solemnidad:

— Ciudadanos, abrid paso si gustais.

Era la fórmula. Fórmula política y cortés, no cabe duda.

Detrás de ellos, una á una tambien, iban varias mugeres con flotantes y blancas túnicas tocando los instrumentos favoritos del pueblo romano y los que este usaba para las fiestas y grandes solemnidades. Una tocaba el sonoro *plectrum*, otra la doble flauta, otra los címbalos, otra en fin los chillones crótalos.

En pos, y sin guardar orden, venian los victimarios ó personas destinadas á cumplir el sacrificio degollando las victimas.

Seguian luego los sacerdotes y por fin, una trás otra las doncellas todas de la poblacion con túnicas blancas, desnudos los brazos y cruzada en forma de banda la *stola*, mientras que el manto flotaba suelto sobre sus hombros y espaldas prendido solo á la cabeza por alfileres de oro.

Cornelio vió pasar á todas las doncellas examinándolas todas una á una,